

Menéndez Pidal y el Imperio Español

(En el Rep. Amer.)

El hecho de que el insigne filólogo Ramón Menéndez Pidal traiga de nuevo a plena actualidad un tema cuya discusión se iniciara hace más de cuatro siglos y que se refiere a la conquista española, no se debe a la casualidad, ni a un deseo o intención individual, ciertamente. En la España de hoy renacen múltiples ímpetus por demás visibles de expansión que parecían ya extinguidos; los jóvenes hablan de renovar los gloriosos días imperiales de Gonzalo de Córdoba, de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro y se crea una atmósfera de ardoroso entusiasmo que, por lo visto, influye favorablemente hasta en sus más altas expresiones espirituales de hoy. El artículo del maestro Menéndez Pidal publicado en la revista *Escorial*, transcrito por el Suplemento de *El Mercurio* (9 de enero), y que en nombre de la conquista armada, condena al padre Bartolomé de las Casas, el más abnegado defensor de los indios, se debe, pues, a una intención y un deseo colectivos.

La actitud y el lenguaje del célebre polígrafo en este ensayo que se intitula *¿Codicia insaciable?*, *¿Ilustres hazañas?*, se identifican claramente con la actitud y el lenguaje de los conquistadores de ayer y de hoy. Porque, en substancia—dejando aquello de la "codicia insaciable"—nos dice que un pueblo de cultura superior tiene derechos sobrados para imponer, con el hierro y con el fuego inclusive, su concepción del mundo y su técnica a los pueblos salvajes o bárbaros.

La España del siglo XVI impuso sus ideas y su técnica medievales a los aborígenes de América recurriendo a veces al exterminio guerrero, como fué el caso del Archipiélago Antillano, o teniendo que afrontar el exterminio producido por el trabajo de la mina, al que el indio, agrícola o pastor por excelencia, no estaba acostumbrado. Se trataba de traer a la América el símbolo de la cruz por un lado, la herramienta de acero, el arma blanca, el cañón por otro. Era lo esencial. Y, de paso, llevar todo el oro que hacía falta a una Europa delirante de riquezas, sensual con todos los ardores desenfrenados del Renacimiento. En forma más o menos idéntica llevaron hace poco las falanges italianas de nuestros días las ideas ultramodernas del fascismo y la técnica no menos moderna del avión y de los gases asfixiantes, exterminando negros bárbaros, retrasados descendientes de los Reyes Magos, al seno de Abisinia.

Son hechos al parecer incontestables de la historia humana, y la sensatez aconseja comprenderlos y acatarlos. Así lo hace el maestro español. Y el lenguaje de su ensayo se acomoda enteramente a esa comprensión y a ese acatamiento.

Un lenguaje que puede lastimar ciertamente el oído de alguno que otro romántico, de alguno que otro cristiano, para quienes el "Ama a tu prójimo como a ti mismo" y el "No matarás" no son simples frases escamoteables en los laboriosos pases de mano de la teología, sino mandatos fundamentales de la humanidad, pensamientos hechos sangre, razón y norte de su existir; un lenguaje que puede lastimar el oído del misionero que en nombre del Dios de amor, de su Cristo Rey, va en busca de la horda bárbara y hasta de la tribu salvaje, al desierto o a la selva, con las únicas armas de su palabra y de su fé. Pero, ¿qué puede importar un romántico, un misionero a la acción del guerrero o a la consideración



En marcha el Consejo de Hispanidad

(Por Seoane)

del sabio realista que se identifica con el espíritu de la conquista armada?

El sabio realista no tendrá sino palabras de impío menosprecio para el que soporte el peso de la conquista; en el caso del insigne polígrafo, para "aquellos isleños congregados en manadas humanas" para "aquellos indios de holgazanería y de incapacidad social" a quienes el fraile Bartolomé de las Casas defendía con todo el amor de su vida, y que habían llegado a niveles avanzados de cultura entre los aztecas y los quechuás, a pesar de que el ensayo en referencia sólo nos hable de "nefanda bestialidad" y de "Antropofagia".

Y ya en el camino de vilipendiar al aborigen conquistado de América, ¿qué juicio pueden merecer aquellos que se levantaron airadamente para defenderlo en nombre de la misericordia cristiana; qué juicio puede merecer un fraile que supo identificarse con él hasta sentir en carne viva sus dolores y su tragedia y que, encendido en santa indignación se levantó contra el hombre poderoso de su raza para acusarlo y fustigarlo con el fuego de su verbo—sin plomo y sin espada siempre—como lo hiciera su Señor y su Maestro en parecido trance con los fariseos? ¿Qué juicio puede merecer aquel que para conseguir un mínimo de justicia para aquel que ya mordía el polvo ensangrentado de su propio suelo, tiene que lanzarse al extremo límite, exagerar al máximo la palabra y el gesto, perder a veces la ecuanimidad para acusar al opresor, como le ocurre siempre al amante verdadero? ¿Qué juicio puede merecer sino el menos honroso de todos?

"Es que Las Casas era", nos dice Menéndez Pidal, "el más agriado hombre del mundo"... "Era un asceta que no había alcanzado el don principal del Espíritu Santo, la benignidad. Por eso no despreciaba el mundo: lo odiaba". "El desastrado y trágico fracaso de su ensayo colonial en la concesión de Cumaná, reído y zaherido a satisfacción por Fernández Oviedo y por Gómara, no es necesario para explicar ese carácter odiador y pendero; pero sin duda colmó la copa con la gota más tóxica".

El más agriado hombre de mundo siente sin embargo, como el mismo Menéndez Pidal lo afirma en el segundo párrafo de su ensayo, "una ternura y amor ilimitados para el indio" y "sus sentimientos van fundados racionalmente en principios del Derecho de Gentes que él desarrolla a su manera, contrario a toda colonización armada".

¿Cómo puede decirse, ilustre maestro, que un hombre animado de "ternura y amor ilimitados para el indio" sea "el hombre más agriado del mundo"? ¿Y, cómo puede decirse que Las Casas era un "asceta que no despreciaba el mundo sino que lo odiaba", cuando sus sentimientos van fundados racionalmente en principios del Derecho de Gentes, contrario a toda colonización armada?

Las Casas, no odiaba el mundo, ciertamente; sin salirse nunca de su concepción cristiana de la vida, vivió indignado contra una parte del mundo, contra unos hombres poderosos que vencían y dominaban por el hierro y por el fuego a otros hombres, muy holgazanes y muy retrasados, (ciertamente, maestro); pero, para los ojos del cristiano militante, hombres sufrientes y percederos, prójimos al fin y al cabo...

El padre Las Casas condenaba en bloque un sistema de conquista para oponerle otro sistema. Al soldado armado, aunque se trate de un Colón o de un Hernán Cortés, opone el misionero inerme, el legítimo soldado de Cristo. Por eso acusa a Balboa o a Fernández de Oviedo cuando "combaten—ya se sabe que el combate era exterminio—a una tribu tras otra, alegando "afeminamiento" o "bestialidad nefanda".

No se trata de discutir ahora la superioridad de uno u otro sistema de colonización. Y es cierto que Las Casas fracasó desgraciadamente, para dar pábulo a la ironía coetánea de Gómara y de Fernández de Oviedo, y al vapuleo flamante del maestro Menéndez Pidal. Pero, ese fracaso no dice nada en contra de su generosa defensa del indio ni del sistema de colonización que él propugnaba. Y lo prueba el hecho de que los primitivos jesuitas llegaron a realizar con todo éxito en Misiones, a las márgenes del Paraná—¿quién mejor que el insigne historiador puede saberlo?—un maravilloso ensayo de colonización basado estrictamente en los mandamientos de la doctrina cristiana.

Muy lejos estamos de negar nuestra admiración al empuje heroico, al genio organizador de un Hernán Cortés o de un Valdivia, pero esto no quiere decir que no sepamos también apreciar hasta la devoción más exaltada a quienes como el padre Bartolomé de las Casas vinieron con la palabra de amor hecha sangre para abrazar en América la causa del débil, del caído, del que tenía necesidad no sólo de justicia sino de amor y de misericordia.

El maestro Menéndez Pidal ha querido for-